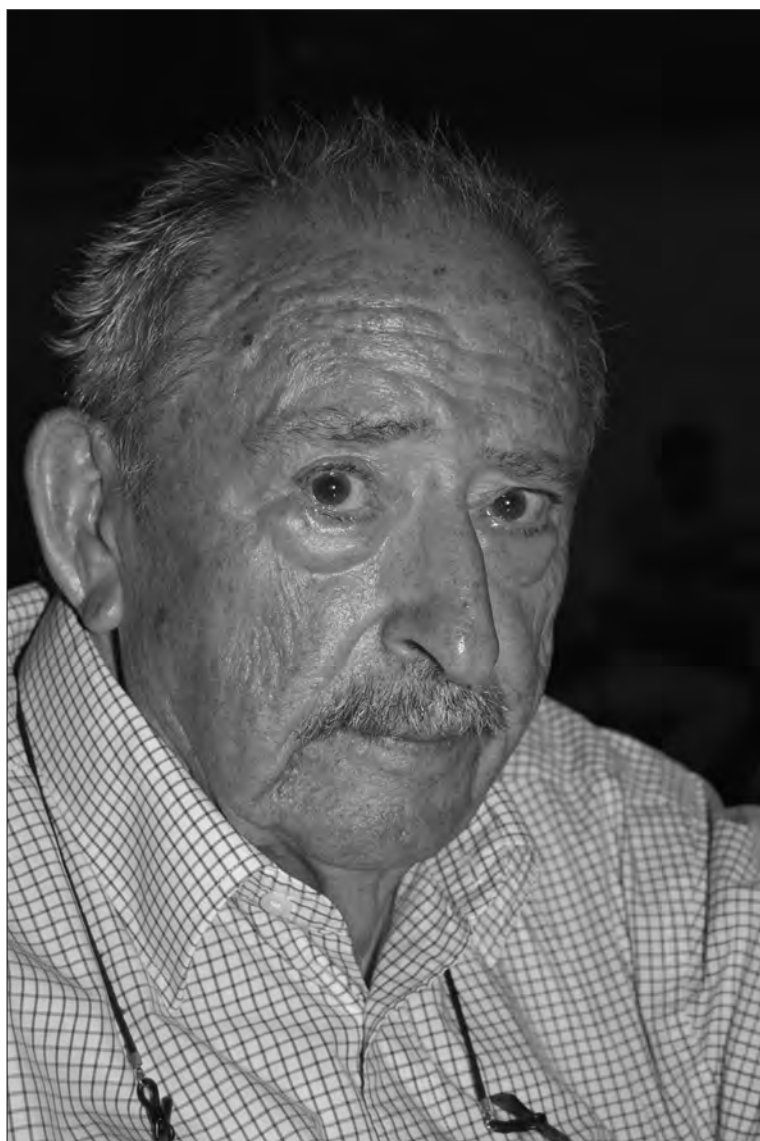


José de Jaime Gómez (Calamocha, 1921–2014). Biografía-Elegía

José María de Jaime Lorén

RESUMEN. Estudio de la vida y de la obra de José de Jaime Gómez. Se destacan sus méritos como profesor de Ciencias Naturales y Zootecnia, sus trabajos en el campo de la paremiología y de la historia de la ciencia, además de su labor pionera en las investigaciones sobre la historia de Calamocha y de la comarca del Jiloca.

ABSTRACT. Research about the life and publications of Jose de Jaime Gómez. Highlighting his achievements as teacher of Natural Science and Animal Science, his works in the field of the study of proverbs and in the history of science, besides his pioneering efforts in the investigations on the history of Calamocha and of the region of the Jiloca.



*“Recuerde el alma dormida,
avive el seso e despierte
contemplando
cómo se passa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando;
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parescer,
cualquier tiempo pasado
fue mejor”.*

(Coplas de don Jorge Manrique por la muerte de su padre, 1)

Introducción

No parece ser el hijo de la persona cuya biografía se quiere realizar, la persona más adecuada para llevar a cabo el proyecto. Más, si expreso de entrada la admiración intelectual y humana que siento por él. Más, todavía, si públicamente lo reconozco como el verdadero maestro que ha guiado mis pasos como investigador y con el que he firmado buena parte de mis publicaciones. Y, sin embargo, estoy persuadido que me hallo en condiciones de abordar el estudio de su vida y de su obra con plena objetividad, con todo el rigor. Otra cosa no me la hubiera permitido nunca él. Eso sí, reconociendo también el amor y la amistad que hemos compartido durante los 61 años de mi vida. De ahí el tono elegíaco que en algún momento puede adoptar este texto, del que, lo reafirmo, no reniego en absoluto.

Por otra parte, en general mis relaciones con José de Jaime Gómez han sido muy similares a las de cualquier hijo mayor con su padre. Al menos como era costumbre en mi juventud. Un ejemplo, en uno de nuestros viajes de entonces a Madrid para consultar bibliotecas y archivos, recorriendo en el tiempo libre unos grandes almacenes, nos encontramos con una especie de poster en el que había una tabla con “Lo que un padre es para su hijo”. Poco más o menos decía lo siguiente: en la primera infancia es un dios infalible que todo lo puede; unos pocos años más tarde es un hombre poderoso y capaz; al inicio de la pubertad es una persona que unas veces acierta y otras se equivoca, como todos; en plena juventud es un pobre hombre que rara vez acierta; a medida que se acerca a la treintena, el hijo matiza ya estas opiniones al considerar que no se equivoca tanto como parece; a partir de entonces la figura paterna se engrandece de nuevo a los ojos del hijo, para lamentar tras su muerte no haber sabido aprovechar adecuadamente todo el enorme caudal de su sabiduría.

Me hallaba yo entonces en la etapa en que se empiezan a reconocer de nuevo sus méritos y, cuando leímos los dos estos párrafos, nos reímos juntos un buen rato.

En cierta ocasión, recuerdo la fecha con exactitud pues eran los primeros días de septiembre de 1974, me envían del Colegio Mayor Francisco Franco de Madrid (a los pocos años cambió el nombre por Santa Teresa), una encuesta para formalizar la matrícula en el mismo. Las preguntas eran las típicas de este tipo de instituciones universitarias, del estilo de los mejores libros de lectura, películas u obras de teatro que habíamos visto, etc. Acostumbrado a estas evaluaciones, la rellené rápidamente. Sin embargo, hubo una pregunta que me hizo pensar: “¿Cuál es el personaje histórico por el que sientes mayor admiración?” Consideré varias opciones desde Jesucristo a Santiago Ramón y Cajal, pasando por muchos otros. Al final, respondí a la cuestión con estas dos escuetas palabras: “Mi padre”. Supe ya entonces que no me equivocaba. Con los años no he hecho otra cosa que confirmar el acierto de esta respuesta.

Sobre sus méritos intelectuales un apunte. Enterados los redactores de la revista *Paremia* de su fallecimiento, inmediatamente me propusieron la posibilidad de dedicar un seminario en su homenaje en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM) y en el Instituto Cervantes, para tratar de su importante aportación al mundo de la paremiología, así como sobre la originalidad de su metodología investigadora. Otro detalle: A lo largo de su vida dejó un total de 155 textos, de los cuales 22 fueron libros u opúsculos, 83 artículos y 17 comunicaciones a congresos publicadas en las actas correspondientes. Hay aparte otros 12 libros u opúsculos y 21 artículos mecanografiados.

Además, su vida y su obra se desarrollarán en gran medida durante la posguerra española y el régimen de Franco, en unos momentos ciertamente difíciles en lo económico como en lo cultural. Por eso en este trabajo queremos también conocer, y reconocer, los méritos de aquellos intelectuales que desarrollaron una labor muy meritoria en un ambiente tan poco propicio como lo fue aquél. No tenemos la menor duda que la creación y consolidación actual de instituciones como el Centro de Estudios del Jiloca (CEJ), no hubiese sido posible sin la existencia anterior de personas como José de Jaime Gómez, Francisco Barquero Lomba, José Hernández Benedicto o Rafael Esteban Abad, cuya labor de siembra a favor de la cultura y del saber en condiciones casi hostiles recogeríamos otros varias décadas más tarde.

Señalar asimismo que, contrariamente a la costumbre que siempre he mantenido al redactar mis escritos con el plural de modestia, a veces justificada también cuando he contado con la colaboración de alguna otra persona, en esta ocasión, cuando trato de la vida y obra de mi padre, debo romperla. Entiendo que el uso de este plural

puede alejarme de él. La herida de su muerte la tengo todavía abierta, y me siento incapaz de establecer todavía distancia alguna con su persona. Además, no lo deseo.

Primeros años de José de Jaime Gómez

Nació José Jaime Gómez en Calamocha el 14 de diciembre de 1921, en la casa familiar de la calle Los Santos (Fabián y Sebastián, antiguamente los patrones de la Villa), hoy Castellana número 12 (en el anexo 1 reproducimos su partida de nacimiento). Sus padres fueron José Jaime Cantín y Francisca Gómez Lahoz. Había nacido ésta en Luco de Jiloca en el seno de una familia numerosa, y fue mujer de gran belleza en su juventud a juzgar por los retratos que nos han llegado. Era el primer hijo del matrimonio, al que se unió un segundo, Jesús, el 19 de abril de 1925.

La familia disponía de una buena posición económica. El padre tenía a rento sus tierras, su carácter emprendedor le llevó a invertir en varios negocios con fortuna variada, buen cazador, durante unos años fue alcalde de Calamocha, y estaba suscrito a *El Debate*, el más importante diario católico de la época y portavoz de la jerarquía eclesiástica española. La madre atendía entonces en exclusiva a las tareas domésticas.

La buena memoria que conservó mi padre hasta el final de su vida, le ha permitido evocar los paseos que daba de la mano de su abuelo Francisco por el corral de la casa, poco antes del fallecimiento de éste el 4 de junio de 1923. También la estrecha relación personal que tuvo con el suyo hasta su muerte. A menudo el pequeño Pepito, como empezó a ser cariñosamente llamado, lo acompañaba en las excursiones cinegéticas, en algunas gestiones de sus negocios o en los paseos por el campo. Su hermano Jesús, sin embargo, parecía más unido a la madre.

Pronto destacó el niño por su carácter despierto y por su laboriosidad. Así lo reconocía personalmente y nos lo han confirmado compañeros que con él asistían a las clases de la Escuela municipal situada en el edificio del ayuntamiento, y a las que se accedía por una estrecha puerta distinta a la del consistorio. Las aulas daban a la plaza España, y tengo varias anécdotas curiosas suyas relativas a aquella juventud calamochina en los años previos a la República y en los primeros de ésta¹. Siempre habló mi padre con admiración de los maestros que tuvo en su infancia, como don Agustín, pero sobre todo de don Alejandro, encargado del tercer curso y director del centro, y de la deuda de gratitud que tiene con todos ellos por la excelencia de su magisterio y por su preocupación por mejorar la formación de aquellas generaciones escolares.

(1) JAIME LORÉN, J.M. DE; JAIME LORÉN, CH. DE (1993): *Os berdes beranos. Cuentos y diziendas de Calamocha*, 69-76. Calamocha, 102 p.

En 1929, como consecuencia de los negocios de mi abuelo que había adquirido en subasta pública los pinos de un monte próximo a Molina de Aragón, donde había establecido una serrería al efecto, motivaron que la familia se desplazase a esta ciudad, y allí estudió mi padre un curso en el colegio de los Escolapios, volviendo a Calamocha el año siguiente.

Cuando en septiembre comience otro nuevo, Pepito pasará como alumno interno a los Escolapios de Daroca para proseguir sus estudios. En este colegio coincidirá con un primo segundo que todos días llega a clase desde la vecina localidad de Retascón. Andando los años se convertirán en cuñados. De esta etapa recuerda mi padre abundantes anécdotas de las clases con el P. José Beltrán o de las famosas ferias de San Andrés, que tengo pendientes desde hace tiempo para redactarlas convenientemente. En alguna ocasión me contaba que es precisamente en este centro donde se aplicó de verdad al estudio, pues los internos pasaban obligatoriamente largas horas en la sala de estudio.

Bachillerato en plena guerra civil

En los Escolapios de Daroca estuvo dos cursos, así al comenzar el de 1931-32 marchará ya a hacer el bachiller al Instituto de Teruel, alojándose como alumno interno en el colegio de los Franciscanos de dicha ciudad. De Teruel le quedó a mi padre siempre muy buen recuerdo. Cuántas veces pasando de viaje por allí, paraba para visitar la ciudad de los Amantes, recorriendo el camino que seguía cada día hasta el Instituto subiendo por el portal del Andaquilla, evocando el frío helador al atravesar paseando el Viaducto, los castigos de los frailes por sus travesuras (como la pintada que apareció un día en las paredes del recreo: “El Padre Bernardino tiene orejas de





pollino”), o los partidos de pelota a frontón en el Instituto donde, por cierto, destacaba en este deporte un compañero larguirucho que era hijo del director de la Banda de música de Teruel, un tal Antonio Mingote.

Siguiendo el *Libro escolar de calificaciones* que reproducimos en el anexo 2, vemos que José Jaime Gómez cursó 1º de bachillerato en 1932-33 con calificación de aprobado en la convocatoria de junio en todas las asignaturas; mejoraron algo las notas en 2º donde tuvo ya 2 notables. Tal vez porque las notas obtenidas en Teruel no eran suficientemente satisfactorias, en septiembre de 1934 pasó a estudiar al Instituto Miguel Primo de Rivera de Calatayud, aunque en su expediente las notas figuran oficialmente del Instituto Goya de Zaragoza del que debía ser filial el de Calatayud. En 3º tuvo 1 sobresaliente en Lengua y literatura, 1 notable en Ciencias naturales y 3 aprobados. Mejoran las calificaciones en 4º donde mereció 3 sobresalientes y 4 notables.

Sin duda la guerra civil que se inició el mismo verano en que había conseguido tan buenas notas y, lo que es mucho más grave, la pérdida dramática de su padre y de su

tío sacerdote Francisco Jaime Cantín en septiembre y diciembre de 1936, repercutirá negativamente en sus estudios. Así, con apenas 14 años debe ponerse al frente de la casa familiar, junto a su madre y su hermano Jesús que tiene 11 años. Todo en un contexto bélico, con la casa llena de oficiales militares que allí residían, las cuadras y graneros con soldados y la hacienda mal atendida por falta de brazos jóvenes.

Sin descuidar el control de la hacienda y sus propios estudios prosiguió los cursos del bachillerato como alumno libre, examinándose como siempre en el Instituto Goya de Zaragoza. Todavía en 5º curso tuvo 1 sobresaliente, 1 notable y 3 aprobados, y en 6º sacó 4 notables y otros tantos aprobados. Hay que decir que en el curso académico del último año de la guerra, apenas pudo cursar cuatro asignaturas que había dejado pendientes en los años precedentes.

Como vemos, mi padre durante esos años experimentó una acelerada maduración en su personalidad, sin que por ello dejara de llevar la vida normal de un joven de su edad, con buenos amigos que recordará siempre como Reinaldo Catalán, los hermanos Benedicto, Antonio Caja o Pepe Catalán.

Concluida la contienda en abril de 1939, todavía le quedaba por pasar a mi padre un nuevo trance amargo. La muerte accidental de su hermano Jesús el 7 de agosto de ese mismo año. En cuatro años había perdido a su padre, a su tío y a su hermano.

Conociendo bien, como llegué a conocer a mi padre y a mi abuela Paca, no tengo la menor duda que, pese a su juventud, mi padre fue quien debió llevar desde entonces la iniciativa de la vida familiar, de la hacienda y de su carrera académica. Así fue siempre mientras yo recuerdo, quedando mi abuela a cargo de las cuestiones domésticas, aceptando siempre las iniciativas de su hijo.

Madre e hijo, solos ya, deciden entonces trasladar su residencia a Calatayud para que mi padre inicie el 7º y último curso del bachiller, aprovechando que ahora las calificaciones las daban ya los propios profesores del Instituto de Calatayud. Vivieron ese año en el número 2 de la Plaza de San Benito. Todo ello, unido a la seriedad con la que mi padre se tomó a partir de entonces los estudios (según confesión personal suya), motivó una mejora notable en las calificaciones, pues sacó seis notas de 10 y una de 9. Al final, los profesores de la Junta calificadora de curso declararon la suficiencia escolar del alumno para pasar al Examen de Estado final, habiendo obtenido de forma global la nota de Matrícula de Honor con nota de 9'8.

Por razones que desconozco, el Examen de Estado lo realizó mi padre en la Universidad de Valencia donde quedó inscrito con el número 170 el 20 de junio de 1940. En el Archivo de la Universidad de Valencia, hay una copia de su expediente algo más

completo que la de su Libro de calificaciones. Se indica allí que celebró el temido examen el 13 de julio de 1940, obteniendo la calificación de Aprobado. Las gestiones de traslado de matrícula fueron realizadas en Valencia por el abogado calamochino Bartolomé Lucia.

Por las fotos de la época que conservamos, José Jaime Gómez aparece un joven delgado y escasamente robusto, lo que se confirma con la ficha médica escolar que se le hizo en Calatayud el 22 de abril de 1940, donde aparece con una talla de 1'60 y un peso 54'90 kilos. Más datos médicos pueden verse en el anexo 3. De todas formas ello no le impidió jugar de medio en el equipo de fútbol "Rayo Calamocha".

Estudios universitarios

Para entonces yo creo que mi padre tiene ya las ideas bastante claras de lo que quiere hacer: la carrera de ingeniero agrónomo. Desoyendo los consejos que le recomendaban vivir de las rentas de su patrimonio (otro de sus grandes aciertos), solo, con la única compañía madre (de la que le separaba una visión de la vida completamente diferente a la suya), tras otorgar los correspondientes poderes a personas de confianza para que llevaran en su ausencia la hacienda de Calamocha, se instalan en el otoño de 1940 en Madrid. Se matricula en una academia donde preparaban para el difícil examen de acceso a la Escuela de Ingenieros Agrónomos, y se pone a estudiar con todas sus fuerzas. Sin embargo, las dificultades para conseguir alimentos en aquel Madrid de la posguerra y el sobreesfuerzo intelectual por el estudio, motivan que mi padre enferme de tuberculosis. La temida tisis que tantas muertes causaba por entonces.

Conoce bien la enfermedad y no duda en ingresar en el Sanatorio antituberculoso en Guadarrama, donde se hallaba a lo largo de 1942. El régimen dietético, el descanso, la atención médica y la pureza de los aires de la Sierra, le sientan estupendamente y se recupera bastante.

Consciente que no puede prolongar por más tiempo la estancia madrileña, lejos de la hacienda y obligado a un fuerte régimen de estudio, en 1942 vuelve a Calamocha donde ya se encontraba su madre. Decide entonces realizar estudios de Magisterio en la Escuela Normal de Zaragoza como alumno libre, pues a menudo tiene que salir en Calamocha con los obreros al campo para dirigir las faenas agrícolas, contratar jornaleros, vender las cosechas, etc. De los cursos 42-43, 43-44 y 44-45 conservamos papeletas de examen y el expediente con 5 notables y 5 aprobados. Las prácticas correspondientes para obtener el título de Maestro, las realizó en la Escuela graduada de niños de Calamocha desde el 29 de noviembre de 1943 al 20 de mayo de 1944. Así los firmaba el director de la misma Ricardo Mallén Insertis, añadiendo que rea-

lizó las prácticas “con asistencia asidua y habiendo demostrado vocación hacia la infancia y aptitudes pedagógicas”².

Las fotos de la época muestran a mi padre vestido con el correspondiente traje dominical, en verano tocado con gafas de sol, generalmente acompañado de sus amigos y de sus amigas de Calamocha, como cualquier otro joven de la localidad. Alrededor de 1944 conoció a una prima lejana suya de Retascón, Rita Lorén Gómez, con la que formalizó el noviazgo.

A partir de entonces van a menudear los viajes a Zaragoza, donde Rita está también estudiando estos años Magisterio primero y después Filosofía y Letras. Mientras tanto, en junio de 1945 tenía ya mi padre el título de Maestro, pero para entonces había empezado ya la carrera de Veterinaria en la Facultad de Zaragoza. ¿Por qué esta carrera? Bueno, en principio no estaba muy alejada a la de ingeniero agrónomo que siempre ansió, pero sin duda también lo hizo porque su primo y amigo Emilio Rabanaque la había empezado unos años antes.

Tenemos pues a mi padre como alumno libre en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza desde septiembre 1944, mientras seguía al frente de la hacienda de Calamocha. Tuvo mucho mérito esta ambición académica, en un medio donde apenas estudiaban en la universidad sólo tres jóvenes en toda la Villa. A menudo escuchaba: “Con la hacienda que tienes, podrías vivir perfectamente de rentas toda tu vida”. Por supuesto, tenía que ir a Zaragoza para realizar todas las prácticas docentes, lo cual le permitía vivir de lleno el ambiente universitario. Alguna vez le he oído decir, que aprendía más paseando por los pasillos de la Facultad que en Calamocha estudiando en los libros y apuntes de las asignaturas.

Desde el 10 de agosto de 1943 la Escuela Superior de Veterinaria de Zaragoza se había convertido en Facultad de Veterinaria y, por tanto, ingresaba a todos los efectos en la comunidad universitaria. El plan de estudios era el oficial de 5 cursos con asignaturas anuales o cuatrimestrales, más los idiomas inglés, francés y alemán en 1º curso y las consabidas “marías” de Política y Religión en los cuatro restantes³. En la orla de su licenciatura encontramos 65 alumnos (mi padre como José de Jaime Gómez, la primera vez que aparece con estos apellidos), y el claustro de profesores estaba formado por los siguientes (de izquierda a derecha): Eduardo Estrada Pomar, Mario López Blanco, Ángel Español, Antonio Marco Monje, Jesús Sáenz Sáiz-Pardo, Indalecio Hernando Martín, José Giménez Gacio, Eduardo Respaldiza

(2) MALLÉN INSERTIS, R. (1944): Certificación de prácticas. *Expediente José Jaime Gómez*. Escuela Normal de Magisterio de Zaragoza. Manuscrito

(3) GÓMEZ PIQUER, J.; PÉREZ GARCÍA, J.M. (2000): *Crónica de 150 años de estudios veterinarios en Aragón (1847-1997)*, 468-469. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 797 p.

Ugarte, Juan Bautista Bastero Beguiristain, Pedro Ferrando Mas, José de Pablo Lechós, Tiburcio Escolá Cantalejo, Dionisio Sanjuán Jarauta, Félix Gil Fortún y Serapio del Río.

Los últimos cursos, cuando las prácticas clínicas eran más abundantes, mi padre se matriculó en la Facultad como alumno oficial residiendo entonces en el Colegio Mayor Cerbuna de Zaragoza. Terminó la carrera de Veterinaria el año 1951, después de verificar los exámenes del Grado de Licenciado del 21 al 23 de junio con nota de aprobado. Excepto unos pocos notables, el resto de calificaciones fueron siempre aprobados, varios de ellos en segunda convocatoria, pues como alumno libre no seguía el curso académico normal de los que tenían matrícula oficial. A continuación realizó las prácticas con el veterinario de Calamocha, de lo que le quedaron algunas anécdotas sobre su práctica clínica. Por entonces se licenciaba también mi madre en Filosofía y Letras.

Profesor de Enseñanza media

La culminación de la licenciatura de José Jaime Gómez coincide con la llamada “plétora veterinaria”, que ha puesto en el mercado laboral una gran cantidad de titulados, precisamente en una etapa en la que comienza la mecanización de la agricultura y la sustitución de los animales de labor por tractores, que reducirá drásticamente las demandas de trabajo entre los nuevos licenciados.

Siempre fue muy consciente mi padre de la importancia de la formación continuada, para actualizar y refrescar los conocimientos aprendidos en la universidad. De ahí la extensa serie de cursos y de diplomaturas que realizó a lo largo de su vida, y que de forma sintética exponemos a continuación:

- Curso de Análisis de lanas. Facultad de Veterinaria. Madrid, 3-15 diciembre de 1951.
- Cursos monográficos de doctorado en la Facultad de Veterinaria de la UCM (1951-52).
- Permanencia en el Departamento de Nutrición animal del Patronato Alonso de Herrera del CSIC (1951-52).
- Diplomado en Parasitología por la Facultad de Farmacia de Granada (mayo de 1951).
- Colaboración científica en los trabajos de investigación de la cátedra de Fitoecnia y Economía agraria de la Facultad de Veterinaria de la UCM (1952-53).
- Diplomado en Inseminación artificial ganadera en el Patronato de Biología animal de Madrid (1953).

- Diplomado en Sanidad por la Escuela Nacional de Sanidad (1955).
- Curso de Especialista en Zootecnia como alumno libre por la Facultad de Veterinaria de Córdoba (curso 1955-56).
- Diplomado en Edafología y Biología vegetal por la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza (curso 1956-57).
- Curso de Perfeccionamiento docente del profesorado de institutos técnicos en la Escuela de Formación del profesorado de Enseñanza laboral de Madrid (junio de 1960).
- Becario honorario de la Sección de Producción animal de León, perteneciente al Departamento de Zootecnia de Córdoba y al CSIC, durante los años 1963 y 1964.
- Instructor para el Programa nacional de Promoción profesional obrera, de la Dirección General de Promoción social del Ministerio de Trabajo (abril de 1965).

Aprovecha entonces mi padre para solicitar junto con su novia Rita, plazas de profesores de Enseñanza media en cuantos institutos se ofrecen de sus especialidades respectivas. A pesar de las dificultades, mi padre guardaba buen recuerdo de esos años. Bromeaba diciendo que yo estuve a punto de nacer en Villablino (León), pues fue el único instituto que ofreció una plaza de profesora a mi madre, pero como no la había para mi padre declinaron la oferta.

Y cómo cuando las cosas tienen mal aspecto lo mejor es dar un giro brusco al destino. Sin tener trabajo ninguno de los dos, Rita y Pepe se casaban a las 11 de la mañana del 20 de octubre de 1951 en la iglesia de San Gil Abad de Zaragoza. A mi abuela Paca le pareció una locura, pero ya digo que mi padre llevaba siempre la iniciativa en su casa. Los novios se casaron y vivieron toda su vida muy enamorados, como hemos tenido oportunidad de comprobar sus hijos siempre.

Los tiempos eran difíciles, pero poco a poco se fueron aclarando. Se acababan de crear entonces los Institutos Laborales en algunas zonas rurales importantes, y desde la Diputación Provincial de Zaragoza en noviembre de 1952 se puso en marcha el de Ejea de los Caballeros bajo el nombre de “Reyes Católicos”, en el que tenía prometida mi padre la plaza de profesor interino de Ciencias Naturales. Cuando estaba a punto de tomar posesión de la misma, desde Ejea le avisa el párroco mosen Jesús Francisco (natural de Burbáguena) que su plaza se la iban a dar al veterinario de la localidad. Con el disgusto lógico mi padre se presenta en la Diputación de Zaragoza donde le confirman el cambio, aunque le ofrecen la posibilidad, de momento, de encargarse de las prácticas de Talleres. Mi padre acepta sin dudarlo y se marcha solo a Ejea, pues mi madre espera en Calamocha a que nazca quien esto escribe, cosa que sucede el 4 de noviembre de 1952, en plenas Ferias locales.

Pocos días después marcha la familia al completo a Ejea, donde se instala en un piso alto de la Plaza de España. Entre las muchas virtudes de mi padre, ciertamente no podemos incluir una habilidad manual especial, sin embargo, su interés por hacer las cosas bien le permitió solventar sin problemas la docencia como Maestro de Taller. Mientras tanto, el veterinario de Ejea declinó la oferta de encargarse de la plaza de profesor del instituto, con lo que el 22 de julio de 1953 mi padre era nombrado en concurso de méritos profesor titular del Ciclo Especial Agrícola Ganadero 1ª plaza, que comprendía las disciplinas de Organografía vegetal y animal y de Ganadería del Instituto laboral de Ejea de los Caballeros, cargo del que tomó posesión el 5 de octubre siguiente.

Durante la estancia ejeana fue Jefe de estudios del Instituto prácticamente durante toda su estancia en el mismo. Como reconocerá años más tarde, fue esta una etapa de enorme felicidad para el joven matrimonio Jaime Lorén, y eso que el sueldo era de apenas 1.500 pesetas mensuales. Pronto trasladaron su domicilio a un piso más espacioso en la calle Mediavilla. A primeros de 1954 nació también en Calamocha Jesús Ángel, y en 1957 ya en Ejea Mª del Carmen Rita que fue bautizada en la iglesia de El Salvador. Los hermanos mayores íbamos a los párvulos del Colegio de las monjas Mercedarias del Muro, Carmita a la Maternal que estaba no muy lejos de allí.

Fundador y secretario de la Institución Cinco Villas

Por entonces mis padres estaban muy vinculados con Acción Católica, sobre todo mi padre que asistía periódicamente a los Cursillos de Cristiandad. De los mismos conservamos dos cosas: un pequeño libro de oraciones y el crucifijo con el que fue enterrado. Estrechamente integrado con la sociedad ejeana, cuando desde la Institución Fernando el Católico de Zaragoza se impulsa la creación de filiales en las principales comarcas de la provincia, mi padre participará activamente en la creación en Ejea de la Institución Cinco Villas, de la que fue secretario los años 1955 y 1956.

Desde el primer momento mostró mi padre una verdadera vocación pedagógica. Le gustaba dar clases, se las preparaba siempre a conciencia tratando de motivar al alumno, de estimularlo al aprendizaje. Muy pronto la sociedad cincovillesa apreció estas cualidades y por eso fue invitado con frecuencia a impartir charlas en Ejea y en muchos otros pueblos de la comarca, generalmente de temas agropecuarios de su especialidad. A lo largo de su vida dará José de Jaime una cuarentena de conferencias y de charlas divulgativas.

En 1956 se creó en el instituto de Ejea la emisora radiofónica “La Voz de Cinco Villas”, dentro de Radio Juventud. Pues bien, desde octubre de ese año hasta junio

de 1961 desarrolló una emisión radiofónica quincenal de 30 minutos de duración, en la que trataba siempre temas de divulgación agropecuaria. El éxito de esta emisión en todos los pueblos de esta comarca tan agraria fue rotundo, como pude comprobar muchos años más tarde cuando, ya mozo, pasé unas fiestas en Ejea. Cuando me presentaban las personas mayores, solían hacerlo como “el hijo del don José Jaime el que hablaba en la radio de agricultura”.

Sobre el profesorado ejeano de aquellos años, dejó mi padre un escrito muy significativo con las palabras que pronunció cuando fue invitado a cierto aniversario del Instituto. Pues en representación de los primeros profesores del centro le fue adjudicado a mi padre el discurso correspondiente (como este tipo de encargos solían ser muy frecuentes, no me extrañaría nada que lo llevara ya algo hilvanado en la cabeza). En el mismo cita a los profesores Mariano Alastuey (Física y Química y director), Pilar Martín Ruiz (Matemáticas), Luis Orga Mur (Dibujo), Félix Pellicer (Lengua y Literatura), M^a Dolores Moreno Box (Geografía e Historia), mosen Jesús Francisco Coderque (Religión), José María Serrano (Educación Física y secretario) y José Jaime Gómez.

Sospecho que el importante nivel cultural que se vivía entonces en Ejea de los Caballeros alrededor del Instituto y del Centro de estudios, debió mover a mi padre a ocuparse también de la historia y de la cultura de Calamocha. Al menos en estos años inicia de forma sistemática la búsqueda y recopilación de datos sobre su pasado, sus costumbres, su arte y sus gentes. De estos años son las primeras colaboraciones suyas que aparecen en los programas de fiestas de la Villa. Duraron estos artículos unos cuantos años, hasta que cierto alcalde comentó a sus espaldas que “en las fiestas de Calamocha hacen falta más toros y menos cultura”. Años más tarde comentaría mi padre: “Y eso que tenía formación y no era mal alcalde”.

Esta tarea investigadora y de pesquisa de información sobre Calamocha y los pueblos de su comarca, le llevan muy pronto a suscribirse a la revista Teruel del Instituto de Estudios Turolenses (IET), y a adquirir los escasos libros que se publicaban con noticias sobre la misma. También anota todo lo que encuentra en la prensa, en revistas o en sus lecturas cotidianas, y en sus visitas a las bibliotecas importantes dedica un tiempo a consultar obras de posible interés para su comarca.

Fruto de todo ello es la formación de un importante archivo de libros, separatas, fotografías, fotocopias, apuntes y notas sobre Calamocha y la comarca del Jiloca (historia, etnología, arte, literatura, biografías, etc.) Sobre el método seguido en estas investigaciones, puedo dar un detalle de su modernidad. Al poco tiempo de establecer el CSIC su Servicio de documentación, mi padre solicitaba de forma particular que le proporcionen información relativa a Calamocha. Era el año 1965 y, lógica-

mente, no existía todavía la indexación de documentos por lo que la información que le llegó fue poco original. De todas formas sirve de ejemplo de la modernidad de su metodología de investigación.

Igualmente de los años 50 arranca el interés de mi padre por la paremiología y la lexicología. Mientras charla y acompaña a los campesinos en sus tareas del campo, va recogiendo con paciencia cuantos refranes, dichos, expresiones coloquiales o voces curiosas escucha en las conversaciones, que luego busca en los principales repertorios del tema por si se trata de novedades no conocidas. Sobre la importancia de sus investigaciones paremiales, puede verse el texto de la ponencia que presentamos al Seminario organizado en su homenaje por la Facultad de Filología de la UCM y el Instituto Cervantes⁴.

Todavía recuerdo las gruesas carpetas con sus anotaciones manuscritas de refranes campesinos ordenados alfabéticamente, que luego cotejaba con las grandes colecciones adagiales publicadas para separar aquellos que recogía por primera vez. Más tarde empezó a anotar los refranes en fichas individuales, registrando de cada uno los diferentes autores que los citaban en sus textos, para tratar de averiguar aquellos que los citaban por primera vez y así datar los orígenes de cada refrán. Metodología de investigación nueva, que le llevará a ser uno de los grandes paremiólogos de todos los tiempos. Y todo esto hecho desde aquí mismo, en Calamocha.

Catedrático de instituto

Mientras tanto no descuidaba en absoluto la atención de la hacienda de Calamocha. Allí quedaba la abuela Paca al frente, y allí regresaba a menudo aprovechando las vacaciones escolares dejando muchas veces a su esposa con los niños en Ejea. Todo con unas comunicaciones pésimas, no como ahora. No me cuesta trabajo recordar aquellos viajes que hacíamos entonces, cargados de niños pequeños, maletas y cajas, pues como el sueldo era muy exiguo aprovechábamos para llevarnos de Calamocha huevos, patatas, fruta, matacerdo, etc. Con el coche de línea de la empresa Zuriaga salíamos temprano de Calamocha, en Zaragoza debíamos coger un taxi hasta el garaje de los coches de Cinco Villas, y en ellos llegábamos por fin a Ejea.

Precisamente las malas comunicaciones motivaron la solicitud de cambio de instituto. En uno de los viajes de estudios con los alumnos de Ejea conoció el instituto de

(4) JAIME LORÉN, J.M. DE (2014): José de Jaime Gómez (1928–2014): metodología y labor paremiológica. *Paremia*, Madrid, UCM (pend. ed.). JAIME LORÉN, J.M. DE (2014): José de Jaime Gómez (1928–2014): metodología y labor paremiológica. *Proverbium*, Vermont, Universidad de Vermont, EEUU (pend. ed.)

Segorbe (Castellón), muy bien comunicado con Calamocha por tren. Y allí marchamos en junio de 1961. La aclimatación en esta ciudad tampoco tuvo mayores inconvenientes.

El nacimiento en septiembre de 1962 en Calamocha del cuarto y último de sus hijos, Francisco Javier (oficialmente éramos ya familia numerosa), coincidió con la etapa de preparación de sus oposiciones a la cátedra del instituto. Fueron meses y meses encerrado en su habitación estudiando los temas y fumando cigarrillo tras cigarrillo, él que nunca hasta entonces había fumado jamás. Terminadas las clases, se recluía en su despacho para estudiar y para preparar las memorias y programas correspondientes. En aquellos tiempos sin teléfono, la noticia, el aviso de la buena noticia, nos llegó a la familia estando en Calamocha, en una carta en cuyo sobre había puesto con letras grandes “BIEN”. Y tan bien como le fue, pues en la primera oposición en que se matriculó obtuvo el número uno entre los 19 opositores aprobados, figurando también con el número uno según orden de puntuación en la relación de los 111 opositores aprobados en toda España para la totalidad de las plazas convocadas ese año del Plan de estudios del Bachillerato técnico. Así, según Orden ministerial del 5 de marzo de 1963 mi padre era Catedrático numerario del Ciclo especial Agrícola Ganadero.

Era un claustro de profesores numeroso, todos residentes en Segorbe y, por lo tanto, también muy vinculados con la ciudad y con los pueblos del Palancia. Desde Segorbe ya era mucho más cómodo el viaje a Calamocha, sobre todo teniendo en cuenta la



cantidad de impedimenta que desplazábamos, de hijos y de bultos. Poco a poco a los hermanos mayores nos encargaban tareas de mayor responsabilidad y, en la medida de nuestras posibilidades, echábamos una mano a la casa.

Nuevos horizontes académicos e intelectuales

Es entonces, a partir de 1963, cuando mi padre se aficiona a la apicultura. Ya antes había hecho alguna incursión con cierta colmena Perfección que mantuvo en una terraza de Calamocha. Ante la alegría indisimulable de mi abuela, que como siempre no entendía estas que llamaba “chifladuras” de mi padre, las abejas murieron de frío en el primer invierno. Pero no era mi padre de los que cejan a la primera decepción. Al revés, a un viejo colmenero de Segorbe le compró entonces un lote importante de colmenas que instaló junto a la masía de La Rata de Geldo. Al llegar la primavera las llevábamos al naranjo en la parte de Petrés, junto a Sagunto, y en verano a los pastos frescos turolenses de los montes de Rubielos de la Cérida o del santuario de la Virgen de Alpeñés. Y aquí uso bien el plural pues el ayudante en estas tareas fue, bien a su pesar, quien esto escribe. Y es que apetecía muy poco dejar a los amigos, el fútbol o el cine, para coger el autobús o la bicicleta (no teníamos coche aun), para ir a tratar con abejas con la exposición consiguiente a sus picaduras. A veces durmiendo en parideras sobre todo cuando había que extraer la miel.

Como hijo mayor del matrimonio, pronto tuve que acompañar a mi padre en las tareas de casa, visitando fincas o compartiendo simples paseos de esparcimiento. El estrecho contacto que tuve desde niño con él motivó una relación personal muy estrecha. Durante nuestras charlas me iba contando, a veces más como amigo que como hijo, las cosas de casa, sus ideas, sus proyectos o los que tenía pensados para sus hijos. De esta forma tuve oportunidad de formarme con él y de conocer de cerca su amplitud de horizontes, que rebasaban con creces el estrecho marco en el que se desarrollaba su vida.

Pero volvamos a su labor docente. Un ejemplo de la capacidad didáctica de mi padre y de su visión de futuro de la educación del mundo rural, lo tenemos en su costumbre de llevar todos los años a visitar sus colmenas a los alumnos de 5º de bachillerato para que se familiarizaran con este tipo de industria.

Otro detalle del que puedo dar fe como alumno de sus clases. En 2º curso, con apenas 12 años, en la asignatura que daba de Organografía, todos sus alumnos aprendían a manejar el único microscopio que había en el instituto. En fila desfilábamos todos, cada uno con su propia preparación microscópica que conveniente-

mente traíamos dispuesta (agua de charco, láminas de cebolla, piezas de insectos, cabellos e incluso sangre), para colocarla adecuadamente entre el cubre y el portaobjetos, enfocar las lentes y buscar los infusorios, las células, etc.

Medalla de Oro en el Congreso internacional de apicultura

En septiembre de 1961 tuvo lugar en Madrid el Congreso internacional de Apicultura, organizado por la Sociedad de Zootecnia, el Sindicato Nacional de Ganadería y la revista *Apicultura* de la que mi padre era colaborador habitual. Al mismo presentará un par de comunicaciones, pero sin duda su aportación más valiosa fue la organización de una Exposición de bibliografía apícola española, en la Biblioteca Nacional y con fondos de esta institución, por la cual unánimemente el jurado le concedió la Primera Medalla de Oro del Congreso.



En dicho certamen tuvo oportunidad de conocer y de tratar a los grandes especialistas mundiales en historia de la apicultura, sobre todo a la inglesa Eva Crane, directora de *Bee World* y que luego sería autora de una de las obras más importantes de la Historia de apicultura mundial.

Profesor de Zootecnia en la Universidad Politécnica de Valencia

No me ciega el amor de hijo cuando digo que fue con diferencia el mejor profesor que tuve nunca, y esto lo han confirmado de viva voz o por escrito montones de sus alumnos, lo mismo en los institutos donde ejerció que en la Escuela de Ingenieros Agrónomos de la Universidad Politécnica Valencia donde también impartió clases.

En efecto, por esos mismos años de 1963 ó 1964 dicha Escuela convocó un concurso de méritos para cubrir la plaza de profesor de Zootecnia. A la que concurrió con éxito mi padre, lo que, en cierto modo, vino a compensar su viejo anhelo de hacerse ingeniero agrónomo. Las clases tenían lugar en el nuevo edificio de la Escuela del Paseo de Valencia al mar, y, como seguíamos careciendo de vehículo propio, mi padre tenía que hacer equilibrios para salir de las clases del instituto de Segorbe, tomar el autobús de la Expreso Segorbina, y salir rápidamente desde las Torres de Serrano donde estaba la parada, hasta la Escuela (20 minutos a buen paso). Durante el viaje aprovechaba para comer apresuradamente un bocadillo. Terminadas las clases, con la misma prisa desandaba el camino para tomar el último autobús a Segorbe, adonde llegaba cansado y agotado sobre las 10 de la noche.

El contacto con el mundo universitario valenciano le abrió nuevas expectativas intelectuales. Es entonces cuando concibe la idea de culminar su tesis doctoral, de la que tenía ya hechos los cursos correspondientes. El tema, no había duda: la Historia de la apicultura española.

A medida que voy creciendo, coincidiendo con mis últimos años de bachillerato, requiere ahora mi ayuda para marchar con él a Madrid y a otras ciudades para consultar e investigar en las principales bibliotecas y archivos. Con él aprenderé la mecánica y la metodología de la investigación. Con paciencia me enseñará a buscar en los ficheros bibliográficos, por autores, por materias o por etapas históricas. Como la cantidad de obras a consultar era enorme, muy pronto me cede algunas con las instrucciones adecuadas para anotar o registrar lo que era de interés para sus investigaciones. Tras las lógicas dudas iniciales, pronto aprendo el método y creo que mi ayuda le es valiosa.

Hoy, cuando vuelvo a ver los apuntes y los extractos que le hacía de las obras que me daba a consultar, que los guardo, me doy cuenta de la clarividencia de mi padre. No porque estuvieran bien o mal hechas mis tareas, sino porque de esta forma me introducía bien temprano en la dinámica de la investigación. Sabía, además, estimularme en el trabajo. Cuando al final del día me veía aburrido y cansado, con toda idea pedía un texto que sabía que me gustaba consultar, la revista *Miscelánea turolense* de Domingo Gascón y Guimbao. Conociendo mi querencia calamochina, estaba seguro que ahora ya no iba a molestarle más mientras consultara y tomara mis apuntes de esta magnífica obra.

Desde muy niño tuve una relación muy especial con mi padre. El hecho de ser el hijo mayor sin duda era un factor influyente, pero también la buena sintonía que teníamos entre nosotros. “De hombre a hombre” era la frase clave que teníamos para entendernos al margen de los demás. Llegaba un aviso de correos para pasar a recoger algún libro y, para que mi madre no se enterara (“¡Ya estoy harta de tanto libro en casa!”), me daba en un aparte el recibo con el dinero y, discretamente, “de hombre a hombre”, le llevaba el libro correspondiente. Pero mi madre, que no tenía un pelo de tonta, un día nos pilló un libro titulado *La cría del conejo*. “¡Para qué querrá tu padre este libro, ni que vaya a poner ahora un conejar!”. Y mi padre a callar. Lo habían pillado. Tuvimos broma con los dichosos conejos. Cuando Rita barruntaba la llegada de algún libro nuevo, enseguida volvía al tema: “¿Qué?, otro libro de conejos”. No se daba cuenta que mi padre actualizaba continuamente sus temas de Zootecnia, y le gustaba estar al día de las novedades.

Otro detalle de la claridad de sus ideas. Él, que había aprendido solo a escribir correctamente a máquina, apenas con la ayuda de algún método libresco, no dejó pasar la oportunidad de hacerme aprender mecanografía por el mismo método: la práctica continua con un manual. Hoy, cuando tan imprescindible es este conocimiento y cuando, por lo general, tan mal se escribe, se lo tengo también que agradecer.

Y es que aplicaba en su familia a rajatabla aquello de que “las vacaciones no son para descansar, sino para cambiar de actividad”, lo mismo que cuando decía que “hay un tiempo para trabajar, otro para descansar y otro para divertirse”. Por eso, todas las mañanas del verano había en mi casa academia familiar. Mi padre, mi madre y todos los hijos, nos juntábamos para hacer un dictado general (mi padre tenía obsesión con la ortografía y bajaba la nota en sus exámenes del instituto por las faltas), repaso de asignaturas del curso pasado (sobre todo de Física y Química) y luego tandas de problemas de dificultad proporcional al curso de cada uno. Eso cuando éramos ya más mayores, pues de más jóvenes íbamos al repaso con don Jesús el maestro.

Pero volvamos a la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos de Valencia. Ya hemos dicho que la bondad de su docencia no pasó desapercibida a los alumnos, como tampoco lo fue a su equipo de dirección. Por eso no le extrañó a mi padre la propuesta en firme que le hicieron de marchar uno o dos años a investigar a la prestigiosa Facultad de Veterinaria de Edimburgo (Escocia), para formarse en las nuevas corrientes zootécnicas y hacer allí su tesis doctoral. Todo con la promesa de la cátedra universitaria a su vuelta. Era el sueño de toda la vida de mi padre. Sin embargo debió declinar el ofrecimiento pues, con 4 hijos entre 15 y 5 años y mi madre también profesora en el instituto de Segorbe, estaba fuera de sus posibilidades dejar la casa durante ese tiempo tan largo. En 1970 mi padre abandonará definitivamente la docencia en la Escuela de Agrónomos de Valencia.

Marcha a Valencia

También por entonces dejó la práctica colmenera, pero no por ello dejó de interesarse por el tema de su proyectada tesis doctoral. Es más, a partir de ahora redobla sus trabajos de investigación sobre la historia de la apicultura, y empieza por fin a redactar el texto componiendo un voluminoso tomo que comprende una primera parte de su vasto proyecto. Exhausto por el esfuerzo, ahí quedan sus investigaciones que ya nunca reanudará.

He pensado muchas veces sobre su capacidad de trabajo, su amplitud de miras, el rigor de su metodología, pero tenía también un defecto muy peligroso como investigador: que no siempre culminaba sus trabajos. En esto era completamente distinto a mi madre. Ella era seguramente menos profunda, pero, más práctica que él, nunca dejaba nada por terminar. Con la excusa de la conveniencia de cambiar de vez en cuando el tema de investigación, “para no obsesionarse”, decía, con relativa facilidad aparcaba una investigación atraído sobre la marcha por otra que le apetecía más iniciar. Claro, que esta circunstancia no tuve oportunidad de confirmarla hasta que, al cabo de los años, reanudamos de nuevo juntos nuestras investigaciones.

En lo académico, desde 1973 pasó a ejercer como secretario del instituto de Segorbe. Mientras tanto los hijos mayores habíamos marchado a estudiar a Valencia, por lo que sobre 1980 mi padre solicitó el traslado académico al Instituto Fuente de San Luis 2 de Valencia. Allí organizará dos interesantes experiencias docentes que concitan el interés de alumnos y profesores. Son las exposiciones de Paremiología y de Apicultura, ambas con la publicación de los correspondientes catálogos.

La muerte en accidente de montaña de mi hermano Jesús romperá la felicidad familiar de mis padres que por entonces vivían tranquilos con sus hijos y nietos.

Con motivo de los aniversarios de la creación de los antiguos institutos laborales de Ejea de los Caballeros y de Segorbe, se celebrarán los correspondientes homenajes a los profesores pioneros sobrevivientes de los mismos. Las respectivas comisiones organizadoras invitarán a José de Jaime Gómez a redactar un artículo con sus vivencias y recuerdos de aquellos años, que luego publicarán en sendos libros.

Constitución del nuevo equipo de investigación

Después de unos años en los que me sitúo profesionalmente en la farmacia, decido hacer los cursos del doctorado y comienzo la tesis en Biológicas como continuación de anteriores trabajos que había hecho con mi padre sobre el *Refranero zoológico*. Como los temas paremiológicos nunca terminan de gustarme, sobre todo en comparación con los históricos, de forma paralela inicio otra línea de investigación particular sobre la historia de Calamocha y de la comarca del Jiloca. Al hablarlo con mi padre, se encanta la idea y me propone que lo hagamos juntos.

De esta forma vuelve a constituirse el antiguo equipo de trabajo que habíamos formado juntos en mis años juveniles. Ahora ya en un plano de igualdad entre los dos. De entrada recopiló la totalidad de documentos de la biblioteca y del archivo familiar, los clasifico, los ordeno y decidimos actualizar los conocimientos, buscando las nuevas aportaciones que mientras tanto se han hecho.



Así, todos los miércoles por la tarde los dedicamos a consultar los fondos de las principales bibliotecas y archivos valencianos. Juntos trabajamos y juntos proyectamos las necesarias búsquedas en otros centros. Se inicia entonces una nueva etapa en nuestras investigaciones, en las cuales, aunque las hacemos en equipo, yo me especializo más en los asuntos histórico-científicos, mientras él prefiere los paleontológicos.

Al distribuirnos las tareas, mi padre, lógicamente, lleva un ritmo más sosegado pues no en vano está próximo a la jubilación, mientras yo me encuentro en plena actividad creadora. Muy pronto empiezo a participar en congresos o simposios y a redactar y publicar numerosos artículos, primero en revistas divulgativas pero pronto en otras de mayor nivel académico. Mi padre está al tanto de todo lo que hago. Continuamente me asesora y aconseja sobre los asuntos que trabajamos en cada momento. Por eso, aunque la mayor parte de los textos que a partir de entonces publicamos los he compuesto personalmente, todos llevan nuestras dos firmas, pues es indiscutible que él también participa en los planteamientos metodológicos, tareas de documentación, asesoría y resolución de dudas o cuestiones técnicas.

Creo que formamos un buen equipo de trabajo. De él admiré sobre todo su amplitud de miras, la visión panorámica que tenía de la ciencia y del saber, la originalidad de muchas de sus ideas y, muy especialmente, su carácter exhaustivo. Por mi parte creo que aportó una notable capacidad de trabajo, tenacidad para culminar las investigaciones cuando asomaba el hastío o el agotamiento y claridad de ideas para advertir la importancia de dar a conocer nuestros trabajos en congresos y en publicaciones especializadas.

Cierto que algunas veces teníamos nuestras diferencias. Cuando distribuíamos las tareas mi padre llevaba un ritmo mucho más pausado que yo, así algunos temas se retrasaban ante mi desesperación. “Ya llegarás a mis años y verás que no se tienen tantas ganas de trabajar”, me decía a veces. Por eso, llegará un momento en que el grueso de las tareas las desarrollaba yo solo. Él se daba cuenta, me dejaba hacer y se ponía contento al ver que poco a poco salían nuestros artículos. Pero, aun entonces, nunca dejé de consultarle dudas y cuestiones que generalmente resolvía con acierto. Así, durante casi 30 años hemos firmado un centenar de artículos y dos docenas de libros.

Su carácter exhaustivo, su afán por mejorar continuamente los textos, la búsqueda infinita de nuevas referencias bibliográficas, eran también causa de alguna polémica entre nosotros. Pero yo conocía asimismo su afición a pasar de un tema de investigación a otro, con el riesgo de no concluir ninguno. Por eso, práctico como mi madre, llegaba un momento que cerraba por fin la investigación cuando veía que ya era difícil obtener nuevas informaciones.

Quiero recordar aquí dos anécdotas protagonizadas por mi madre Rita. Una ocurrió en el momento que recibíamos uno de tantos libros de los muchos que debíamos a adquirir a menudo, cosa que, ya lo hemos dicho, no le hacía ninguna gracia. Antes de abrir el paquete, soltó como el que no quiere la cosa: “¡Ojalá sea el libro de la *Historia de Calamocha!*” Consciente del escaso aprecio que ella tenía por estos trabajos tan poco prácticos, le contesté amoscado: “¿Por qué tendría que ser este libro la *Historia de Calamocha?*”. “¡Pues, para que no la escribierais vosotros dos!”, contestó sin dudar. Ahí queda eso. La otra frase suya la pronunció un día que nos veía discutir sobre si debíamos concluir o no cierta investigación. Burla, burlando zanjó el debate diciendo: “Chico, chico... no queráis ser tan exhaustivos..., dejar algo para los investigadores que vengan detrás de vosotros”. Se acabó el debate.

Ya jubilado, en compañía de mi madre disfrutó Pepe de unos años muy buenos. Además de ayudar a sus hijos cuidando de los nietos, se centró entonces en las investigaciones paremiológicas, especialmente en la elaboración de una gran *Bibliografía paremiológica española*, mucho más completa de la que varias décadas antes había publicado Melchor García Moreno.

Cuando uno de los cursos de El Escorial de la UCM de 1993 se programó sobre el Refranero español, con la presencia de Camilo José Cela, que poco antes había obtenido el Premio Nobel, y de los catedráticos y literatos Francisco Indurain y Joaquín Calvo Sotelo, junto a mi madre se inscribió al mismo. El mismo día que comenzó tuvo el detalle de obsequiarles con una copia manuscrita de nuestra *Bibliografía paremiológica española* (que editamos nosotros unos meses después). El aprecio unánime que por la obra hicieron los tres grandes académicos de la Lengua motivó que, inmediatamente, lo nombraran secretario del Curso, lo invitaran a compartir la dirección y le encargaran de redactar la memoria correspondiente. A pesar de que esto último constituía un trabajo importante, yo creo que ese fue uno de los momentos más felices de la vida intelectual de mi padre. La correspondencia que a partir de entonces mantuvo con estas autoridades cuya obra tanto admiraba, compensó con creces las tareas que le encomendaron.

Por otra parte, la aparición poco tiempo después de *Paremia*, la primera revista paremiológica española que editaba la UCM, y los congresos que sobre el tema organizó su directora Julia Sevilla Muñoz (a los que acudimos con nuestras comunicaciones), sirvió para que publicáramos en la misma numerosos artículos y que los nuevos refranistas conocieran y apreciaran nuestras investigaciones. Algo parecido ocurrió poco después cuando nació *Proverbium. Yearbook of international proverb scholarship* en la americana Universidad de Vermont, bajo la dirección de Wolfgang Mieder, donde asimismo publicamos varios artículos. A destacar que ambas revistas van a dedicar a José de Jaime Gómez el número del próximo año como homenaje.

Vinculación con el Centro de Estudios del Jiloca

En el suplemento *Jiloca* del *Diario de Teruel*, que dirigían el inolvidable Ángel Alcañiz y Jesús Blasco, publicamos durante un tiempo artículos divulgativos sobre biografías de autores de la comarca del Jiloca. Al cerrarse la sección en uno de tantos cambios de orientación del periódico, nos planteamos la forma de dar continuidad al equipo de investigadores que se había constituido en su entorno. Después de algunas reuniones en las que participamos Ángel, Jesús, Manolo Fuertes y yo, consideramos la necesidad de dar un salto cualitativo y fundar un centro de estudios comarcal del estilo de los que por entonces existían en el Bajo Aragón, el Mas de las Matas, Daroca y otras cabeceras comarcales de la provincia de Zaragoza.

De esta forma, en octubre de 1988 se constituyó el Centro de Estudios del Jiloca (CEJ), con el correspondiente equipo directivo y con dos líneas básicas de publicaciones: *Xiloca* y los *Cuadernos de etnología de Baile de San Roque*. Desde el primer momento mi padre se adhiere al proyecto como socio, como colaborador con una serie de publicaciones biográficas que ambos firmábamos y, sobre todo, como activo participante en cuantas charlas, conferencias, presentaciones de libros, ferias, cenas y comidas de trabajo (que pagábamos a escote) se programaron. En los abundantes reportajes fotográficos que nos dejó Ángel Alcañiz de esta época, aparece con



frecuencia mi padre en la primera fila de los asistentes. Por cierto, resulta curiosa la estrecha relación que tuvieron Ángel y mi padre, así como la mutua admiración que se profesaban.

Con el tiempo me doy cuenta que con la constitución del CEJ mi padre veía culminar una de sus grandes aspiraciones intelectuales: que la comarca del Jiloca tuviera su propia institución científica, similar a la que él había ayudado a crear en Ejea de los Caballeros en los años 50. Los tiempos habían cambiado y ahora disponíamos de muchos más medios, pero sin la menor duda muchas personas de su generación habían sembrado los frutos que ahora se recogían.

Debo insistir que, aunque para entonces la actividad investigadora de mi padre llevaba el ritmo que le permitían sus 70 años, en la totalidad de las publicaciones que firmamos juntos hay una participación suya muy considerable. No tanto en la redacción y elaboración final de las investigaciones, como en la idea original del proyecto y en la resolución de dudas y de cuestiones técnicas de las mismas.

Grave enfermedad de Rita

Un suceso grave va a cambiar de forma rotunda el estatus de José de Jaime Gómez. En marzo de 1997 bruscamente empezamos a notar un deterioro notable del estado



de salud de mi madre. Ha perdido fuerza, memoria, movilidad en el lado derecho de su cuerpo y necesita apoyarse para poder andar. Tras las pruebas pertinentes, se diagnostica que ha padecido una serie de microinfartos cerebrales que luego se repetirán varias veces más. Queda a partir de entonces recluida en una silla de ruedas, precisamos de una persona que la atienda y que lleve la casa, y mi padre se consagra (la palabra es suya) por entero al cuidado de Rita.

Los proyectos y nuevos trabajos e investigaciones pasan a un segundo plano. Su principal objetivo en la vida a partir de esos momentos es cuidar de mi madre. Después de casi doce años de dolencia fallecía mi madre el 26 de julio de 2008.

Mientras tanto, en el tiempo libre que le dejan los cuidados de Rita, Pepe se ocupa todavía de algunas investigaciones sobre el *Refranero del toro de lidia* o sobre vocabulario aragonés. Sus tres hijos pasamos todos días un rato con ellos, nunca están solos. En mis visitas aprovecho para llevarle nuestras publicaciones, también para consultar dudas que surgen en las investigaciones o para recoger recuerdos, anécdotas y curiosidades de su vida y de Calamocha en general, apuntes manuscritos que espero poder un día desarrollar con mayor amplitud.

Consciente que mi padre ya no va a poder culminar muchos de sus grandes proyectos, cambio la línea de mis propias investigaciones. En efecto, sabedor de que muchos trabajos de mi padre han quedado inconclusos y algunos en fase embrionaria, decido ocuparme de los mismos para tratar de culminarlos, aunque mis propias líneas de investigación quedaran de momento pospuestas. Así, comienzo con los trabajos paremiales y publicamos a partir de entonces nuestros principales refraneros.

La Historia de la apicultura española

Sin embargo, permanecía sin tocar uno de los grandes proyectos de mi padre: la Historia de la apicultura española. Precisamente el tema con el que en mis años juveniles me había iniciado en la investigación histórico-científica. Ya vimos que fruto de un intenso trabajo en los años 80, había redactado ya el primer volumen de la misma, sin embargo era tal la magnitud de la empresa que desistió de desarrollarla como tesis doctoral.

Cuando 25 años después releo el texto, me maravillo del trabajo que había hecho mi padre. Nada menos que un compendio magnífico de la historia de la colmenería española, desde las pinturas rupestres de Bicorp hasta el final de la Edad Media. Pero había pasado muchísimo tiempo desde su redacción y el texto precisaba una actualización profunda. Vuelvo a estudiar y a releer la totalidad de fuentes docu-

mentales consultadas, donde con cierta emoción me reencuentro con los viejos apuntes y resúmenes juveniles que dejé en mi etapa de aprendizaje junto a él. Compruebo que se han publicado muchísimos textos nuevos sobre la apicultura del pasado, textos que poco a poco localizo, adquiero y estudio.

Especialmente importante es la *Historia de la apicultura* de la investigadora inglesa Eva Crane⁵. Obra monumental que cita en varios lugares los estudios de mi padre, pues se conocieron personalmente en 1961 en el Congreso internacional de apicultura de Madrid. Me pregunto entonces si vale la pena continuar con el proyecto. Puede no tener ya ningún sentido dada la profundidad de la obra de Crane. Tras estudiar a fondo el texto, me doy cuenta que en el mismo se trata preferentemente de la apicultura anglosajona, mientras la mediterránea y sobre todo la española apenas se esboza en algunos apartados muy generales. El análisis cualitativo y cuantitativo de su bibliografía, me permite confirmar la escasa entidad de las referencias hispanoamericanas. De todas estas consideraciones traslado paulatinamente noticia a mi padre, y ambos elaboramos el plan de trabajo que debo seguir.

Pronto publicaremos una serie extensa de textos sobre historia de la apicultura, entre los que destacamos la edición de la obra colmenera de Jaime Gil, la *Historia de la apicultura aragonesa*, así como numerosísimos artículos sobre estos asuntos.

Siguiendo el mismo esquema y la misma metodología de trabajo aplicada por mi padre desde el principio, en 2001 publicamos el primer tomo de nuestra *Historia de la apicultura española*⁶. A partir de entonces, conocedor ya de la forma de trabajar, con idénticos esquemas abordo en solitario la aventura de preparar el segundo volumen de la serie, siempre sometiendo al criterio de mi padre las dudas que sobre la marcha surgían en la investigación. Así, sólo un año más tarde publicaremos la segunda entrega del estudio⁷.

Se abre entonces un compás de espera en estas investigaciones, para abordar el estudio de las diferentes revistas apícolas españolas que han existido hasta hoy. Se trata de un trabajo laborioso por la dificultad que tiene localizar series completas de las mismas, pero gratificante a la vez por la importancia de los hallazgos. En esta tarea ya no cuento tanto con la ayuda de mi padre, que la sigue ofreciendo en forma de atinados consejos, como de mi hijo Pablo que, siguiendo la saga, se brinda a colaborar

(5) CRANE, E. (1999): *The world history of beekeeping and honey hunting*. Duckworth, 682 pp.

(6) JAIME GÓMEZ, J. DE; JAIME LORÉN, J.M. DE (2001): *Historia de la Apicultura Española, 1. Desde los orígenes hasta 1492*. Calamocha, 338 p.

(7) AIME LORÉN, J.M. DE; JAIME GÓMEZ, J. DE (2002): *Historia de la apicultura española, 2. Desde 1492 hasta 1808*. Calamocha, 455 p.

con nosotros en esta tarea. Juntos firmaremos casi una veintena de obras sobre *Periodismo apícola español*.

Culminada la investigación periodística le llega por fin el turno a lo que, esperamos, sea el tercer y definitivo tomo de la *Historia de la apicultura española*⁸. Cuando éste ve la luz, mi padre hace ya años que está postrado en una silla de ruedas e imposibilitado de movimientos. Al ver el tomo publicado no puede evitar unas lágrimas y exclama: “¡Cuánto trabajáis vosotros y qué vago me he vuelto yo!” Él, que era el alma y vida del proyecto y la persona más laboriosa que he conocido...

Por lo demás, las tres revistas apícolas hoy existentes en España recientemente se han hecho eco del fallecimiento de José de Jaime Gómez en sentidas notas necrológicas.

A lo largo de su vida dejó, lo hemos dicho, un total de 155 textos: 22 libros u opúsculos, 83 artículos y 17 comunicaciones a congresos publicadas en las actas correspondientes; además de otros 12 libros u opúsculos y 21 artículos mecanografiados que quedaron inéditos. De estos 155 textos, 40 llevan únicamente la firma de José de Jaime Gómez, 102 firmamos juntos, 9 con mi madre Rita Lorén Gómez y 2 con su compañera de departamento Concha Sanvalero.

Enfermedad y muerte de José de Jaime Gómez

Todo empezó un mes antes de la muerte de mi madre. Un sábado de mediados de junio de 2008 que voy a verlo por la mañana, al salir por el pasillo lo veo tambalearse. Vamos al hospital donde le diagnostican que ha padecido una serie de ictus cerebrales (lo mismo que su esposa), que lo dejan con una parálisis lateral derecha y parcialmente inmóvil en silla de ruedas. La cabeza, sin embargo, conserva plena la consciencia.

De esta forma, con serenidad y tristeza, acogió la muerte de Rita, de su amada esposa. De esta forma transcurrirán sus últimos años perfectamente atendido y acompañado por sus hijos. De vez en cuando nos pedía con insistencia que le lleváramos unos libros u otros, sus fichas del vocabulario aragonés, leía todos los días ABC, ojeaba con interés y curiosidad los trabajos y publicaciones de sus hijos y de sus nietos, sus matrimonios y el nacimiento de sus tres biznietos. Estas y otras felices nove-

(8) JAIME LORÉN, J.M. DE; JAIME GÓMEZ, J. DE (2013): *Historia de la apicultura española*, 3. Desde 1808 hasta 1975. Calamocha, 616 p.

dades las recibe con una sonrisa pícaro característica. Como la tradicional comida que hacía con todos sus hijos y nietos el día de la Virgen de la Asunción en plenas fiestas de Calamocha.

Así fue apagándose poco a poco, hasta que el 24 de enero de 2014 fallecía rodeado de sus tres hijos. Era plenamente consciente de su muerte, y la recibió, como siempre, con serenidad, tranquilo. Atrás quedaba toda una vida dedicada de forma absoluta a la enseñanza y a su perfeccionamiento científico y docente. Una vocación por la enseñanza efectiva y continuada, cuya competencia intelectual y didáctica fue reconocida por las autoridades académicas, los compañeros de los claustros profesoriales donde ejerció y, especialmente, por las numerosas generaciones de alumnos que lo tuvieron como profesor y maestro.

Rebuscando en su mesita de noche encontré el crucifijo y el devocionario que usaba desde los tiempos de Acción Católica en Ejea de los Caballeros. No me hizo falta leer en este librito la oración de Acción de gracias que cientos de veces rezamos juntos al terminar la misa, que ambos sabíamos bien de memoria y con la que quiero terminar esta biografía a la que, premeditadamente, he querido dar un claro tono de elegía:

“Alma de Cristo, santifícame. Cuerpo de Cristo, sálvame. Sangre de Cristo, embriágame. Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, confortame. ¡Oh buen Jesús!, óyeme. Dentro de tus llagas, escóndeme. No permitas, que me aparte de Ti Del enemigo malo, defiéndeme. En la hora de mi muerte, llámame. Y mándame ir a Ti, para que con tus Santos te alabe. Por los siglos de los siglos. Amén”.